

El chico de la 208

MIGUEL OLARTE

«Lleva a ese chico a su habitación», «cámbiale el suero a ese chico», «dieta absoluta para ese chico», «Introdúcele esa lámpara por el recto a ese chico»... Si con 38 años, pantuflas y una bata a cuadros —¡con el carácter que imprime una bata a cuadros!— sigues siendo «ese chico» hasta para las enfermeras en prácticas, es que ya nunca serás otra cosa. Es curioso ver a qué concedes importancia cuando estás hospitalizado. Será por el tiempo, que pasa raro, como arrítmico, sin constancia. Y eso cuando aún te puedes agarrar a desayuno, comida, merienda y cena, porque si la dieta es absoluta pierdes toda referencia, lo mismo te da mañana que noche y las horas se van entre adormecidas y abandonadas. Aquí dentro no hay manera de aprovechar el tiempo. La mesilla es un montón de libros y revistas sin abrir y las últimas películas descargadas duermen en el portátil sin esperanza de ser vistas, porque hay horas para todo y ganas para nada. (...)

Y es que, ya digo, es curioso ver en qué cosas te fijas cuando no te puedes fijar en nada. Como los pijamas azul sergas, que es como el azul Galicia pero mustio, apagado, enfermo. Supongo que se eligieron porque serán cómodos para algo, aunque no sé para qué. Hay varias tallas, algo así como grande, extragrande y enorme. En el mío caben tres como yo y aún queda sitio para que vayan oreándose sus respectivos puntos de sutura. Cuando se está malito y el ánimo sólo llega por vía intravenosa, cualquier cosita ayuda, como poder presentar un aspecto digno ante las visitas o ante el espejo. El espejo, eso también tiene lo suyo. Uno siempre se refleja con aspecto enfermizo en el espejo del baño de la habitación del hospital. ¡Coño, por algo estás dentro!, dirán ustedes. Pues no. O no sólo por eso. Es por la luz, que confiere a cualquier tez un color amarillo hepatitis. Prueben con una camiseta blanca a la luz natural, y verán como dentro del baño es amarilla. Yo creo que se ahorrarían muchos días de estancia en el hospital simplemente con cuidar un poco la luz sobre el espejo, como en los vestidores de las tiendas modernas, que cualquier cosa que te pruebas te sienta de narices.

Otro cantar es el de la intimidad. No hablo ya de compartir habitación, que a todo se habitúa uno, sino del hecho de que cualquiera con uniforme, sea cirujano o utillero, entra en cualquier habitación, en cualquier baño, como si los que estamos allí no existiéramos. Ni un mínimo toque en la puerta, siquiera por avisar de que allá voy y vete tapándote las vergüenzas. «Es que ya estamos acostumbrados a ver de todo y no nos asustamos de nada», responderán ellos si se les pregunta. ¡Ya, pero yo no, y si tuviera el más mínimo afán de exponer mi pene triste al juicio general lo colgaría en internet, donde también están hechos a ver de todo! En lo que ya no me meto es en lo de cerrar la puerta al salir, porque creo que lo tienen prohibido por convenio. Esto de la cosificación es muy de hospital, como cuando te llevan a hacer una prueba en silla de ruedas, que tu conductor va saludándose con otros celadores que pasan con sus respectivos vehículos como si estuvieran en una concentración de motos, y al final te aparcan en cualquier lado como si fueras una Vespa.

Pero, por Dios, no quiero que entiendan esto como una crítica al personal, ni mucho menos. Médicos, ateeses y auxiliares son de lejos lo mejor en este hospital. Y, además, espero que todos ellos recuerden esta frase cuando vayan a hacerme la colonoscopia que tengo pendiente. Quizás así merezca un poco de vaselina o, si acaso, un «tranquilo, cariño» en lugar de un «esto va a doler, chico».